

Nuestra organización es tal que nuestra vida se pasa en oscilar continuamente entre la tendencia á conocerlo todo y á saberlo todo y entre la propensión á gozar de todo, que modera nuestra sed de saber y de conocer. Considerada en su acción puramente física, nuestra pereza natural es agujoneada por nuestra curiosidad, y nuestra curiosidad, á su vez, es refrenada por nuestra pereza. Pero el agujón de la una, como el freno de la otra, no tiene en sí mismo más que un simple valor material; por el contrario, el primero considerado como principio material de nuestra facultad de investigación, y el segundo como principio material de sangre fría en los juicios, tienen ambos una importancia considerable. Adquirimos todo nuestro saber gracias al encanto infinito que presenta el árbol de la ciencia para nuestra naturaleza sensible, y gracias al principio de pereza, que impone límites á esa propensión móvil y superficial que nos lleva á revolotear de intuición en intuición, maduramos nosotros, en muchos conceptos, para la verdad, antes de expresarla por medio de la palabra.

Pero nuestros anfibios investigadores de la verdad no saben nada de esa madurez; ellos cacarean la verdad antes de presentirla, con mucha más razón, antes de conocerla. Es todo lo que ellos pueden hacer; no tienen, como los cuadrúpedos, la facultad de andar sobre la tierra firme, y no poseen ni las aletas de los peces para nadar en los abismos, ni las alas de las aves para elevarse hasta las nubes. Ellos, como Eva, no conocen más que la intuición involuntaria de las cosas y tienen la misma suerte: devo-

ran, antes de que esté maduro, el fruto de la verdad.

La *tercera* fuente de esas leyes físico-mecánicas proviene de las relaciones de nuestra condición exterior con nuestra facultad de conocer.

El hombre está fijo á su nido, y cuando él lo suspende de centenares de hilos y lo rodean de centenas de círculos ¿que hace más que la araña, que suspende su habitación de cientos de hilos y la rodea de centenares de círculos? Y ¿qué diferencia hay entre una araña un poco más grande y una un poco más pequeña?—En el fondo su manera de obrar es la misma: ambas se mantienen en el medio del círculo que ellas han trazado. El hombre no escoge por sí mismo el medio en que él se agita y se mueve, y todas las verdades de este mundo no le son absolutamente conocidas, desde el punto de vista de su existencia puramente física, sino en la medida en que las cosas exteriores que se presentan á su intuición se aproximan á ese medio en que él se agita y se mueve.

#### CARTA VI.

**M**IGO, tú ves al menos el trabajo que me doy para exponerte claramente la marcha de mis ideas desde el punto de vista de la teoría. Que mi trabajo sea una especie de excusa para mí, si tú te das cuenta del poco éxito de mis esfuerzos. Desde la edad de veinte años estoy completamente reñido con la fi-

lososofía pura, en el verdadero sentido de la palabra, y para la ejecución de mi plan yo no he necesitado felizmente del recurso, bajo de ninguna de sus formas, de esa filosofía que me parece tan ardua. Una vez sobre un punto, yo vivía en mi esfera de acción hasta haber estirado mis nervios hasta el extremo; sabía lo que quería; no me preocupaba del día siguiente, pero tenía á toda hora el sentimiento de lo que era necesario hacer en el momento presente. Y si mi imaginación me arrastraba un día cien pasos más adelante cuando yo encontraba un terreno firme, rehacía al día siguiente esos cien pasos y volvía atrás. Esto me sucedió mil y mil veces. Mil y mil veces me creí más próximo á mi objeto; después encontraba repentinamente que el pretendido objeto no era sino un nuevo obstáculo con que acababa de chocar. Esto es lo que me sucedió sobre todo cuando principié á ver más claramente en los principios y las leyes del mecanismo del mundo físico. Yo me figuré al punto que no me faltaba más que aplicar esos principios, pura y simplemente, á los ramos de enseñanza, escritura, lectura, cálculo, etc., que la experiencia de siglos ha puesto en manos de los hombres para el desarrollo de sus aptitudes, y que yo consideraba como los elementos de todo arte y de todo saber.

Pero he aquí que ensayando esa aplicación, adquirí poco á poco la convicción, fundada en una experiencia más grande, de que no es posible considerar esos ramos de enseñanza como los elementos de la educación y de la instrucción; de que ellos, por el contrario, deben ser subordinados á una idea

más general del objeto. Largo tiempo, sin embargo, esa verdad tan importante para la enseñanza, y cuyo sentimiento se desarrollaba en mí por el estudio de esos diversos ramos, no me parecía sino en puntos aislados y se aplicaba siempre en mi espíritu solo á aquel ramo sobre que versaba mi experiencia del momento.

Así, en la enseñanza de la lectura, reconocí la necesidad de hacerla seguir al conocimiento del lenguaje, y buscando los medios de enseñar á hablar á los niños, descubrí el principio que consiste en seguir, para el estudio de la lengua, el orden indicado por la naturaleza, y ascender de los sonidos á las palabras y de las palabras gradualmente al lenguaje.

Asimismo, en mis esfuerzos para enseñar la escritura, comprendí la necesidad de subordinarla al dibujo, y trabajando en la enseñanza del dibujo, ví el encadenamiento y la subordinación de este último estudio á la mensura. La enseñanza misma del alfabeto me hizo sentir la necesidad de un libro para la primera infancia, por medio del cual confiaba dar á niños de tres á cuatro años de edad conocimientos reales muy superiores á los que poseen los alumnos de siete á ocho años de las escuelas. Pero esas experiencias que, es cierto, me conducían en la práctica á procedimientos especiales y determinados de enseñanza me hacían sentir, sin embargo, que yo no conocía aún mi objeto en toda su extensión.

Yo busqué largo tiempo un principio psicológico común á todos esos procedimientos artificiales de

enseñanza, convencido de que era el único medio de descubrir la forma de perfeccionamiento asignada al hombre por su propia naturaleza. Evidentemente esa forma corresponde á la organización general de nuestro espíritu, en virtud de la cual nuestro entendimiento se representa y reduce á la unidad, es decir á una idea, las impresiones que nuestros sentidos reciben de la naturaleza; después desarrolla poco á poco esta idea de modo de hacerla clara.

Cada línea, cada medida, cada palabra, me decía yo á mí mismo, es un producto de la inteligencia, un resultado de intuiciones maduramente elaboradas, y debe ser considerado como un medio de llegar al esclarecimiento progresivo de nuestras ideas. La enseñanza, en su esencia, no es otra cosa. Los principios de la enseñanza deben pues deducirse de la forma original invariable del desarrollo intelectual del hombre.

Todo se reducía, por consiguiente, al conocimiento más exacto posible de esa forma primitiva. Por eso observaba atentamente siempre de nuevo los principios elementales de los cuales debía ella ser deducida.

El mundo, me decía en los soliloquios de mis sueños, se extiende á nuestra vista como un mar de intuiciones que se mezclan y se funden las unas con las otras. Si por la enseñanza se debe acelerar realmente y sin perjuicio para nosotros nuestra educación, que confiada á la simple naturaleza no avanza para nosotros con bastante rapidez, corresponde á la instrucción y al arte disipar la confusión que hay en esas intuiciones; separar los objetos unos de

otros; reunir de nuevo, en el cuadro que él nos presenta, los que ofrecen entre sí semejanzas y analogías; darnos así una noción clara de todo, y cuando la claridad es completa, una idea perfectamente definida. Y esto es lo que él hace, cuando tomando una á una esas intuiciones mezcladas y confusas, nos las presenta aisladamente, las coloca en seguida ante nuestros ojos bajo sus aspectos diversos y variables y las hace entrar, en fin, en el conjunto de todo lo que ya sabemos.

Así nuestros conocimientos pasan de la confusión á la precisión, de la precisión á la claridad y de la claridad á la lucidez.

Pero la naturaleza en esa evolución progresiva se adhiere constantemente á una gran ley, la cual es: hacer depender la claridad de nuestros conocimientos de la proximidad ó de la lejanía de los objetos que hieren nuestros sentidos. Todos los objetos que nos rodean aparecen, en iguales condiciones, á nuestros sentidos en un grado de confusión que corresponde á su lejanía, y en ese mismo grado acrece nuestra dificultad para presentarnos claros y distintos; por el contrario, ellos nos aparecen precisos en el grado correspondiente á su proximidad de nuestros cinco sentidos, y en esa misma proporción nos es fácil hacernoslos claros y lúcidos.

Como sér vivo, físicamente no eres otra cosa que tus cinco sentidos. De lo que se deduce que la claridad ó la obscuridad de tus concepciones debe esencial y absolutamente depender de la distancia, pequeña ó grande, desde la cual todos los objetos exteriores hieren tus sentidos, es decir, á tí mismo, ó

el punto céntrico en que tus ideas vienen á reunirse en tí.

Ese centro de todas tus intuiciones, tú mismo, es igualmente para tí un objeto de intuición. Te es más fácil comprender clara y distintamente lo que tú mismo eres que lo que está fuera de tí. Todo lo que tú sientes de tí mismo es en sí una intuición precisa; solamente lo que está fuera de tí puede ser para tí una intuición confusa. Luego la marcha de tus conocimientos cuando ellos se aplican á tí mismo, es un grado más corto que cuando ellos se aplican á un objeto exterior cualquiera. Todo lo que tú conoces de tí, lo conoces con precisión; todo lo que tú sabes se precisa en tí y en sí por tí mismo. En esta dirección se abre la vía más fácil y más segura que conduce á las nociones claras, y entre todo lo claro no puede haber cosa más clara que la claridad de este principio: el conocimiento de la verdad procede en el hombre del conocimiento de sí mismo.

Amigo, así esas ideas vivas, pero oscuras, de los elementos de la instrucción giraron largo tiempo en mi espíritu. Tal las he expuesto en mi Memoria sin que entonces hubiese descubierto todavía entre ellas y las leyes del mecanismo del mundo físico un encañamiento continuo, y sin haber llegado todavía á determinar con seguridad los primeros elementos que debían ser el punto de partida de la serie de mis miras sobre la educación, ó más bien de donde debía proceder la forma en que sería posible determinar la educación perfecta de la humanidad por medio de la esencia de su naturaleza misma, hasta que por fin, no mucho tiempo ha, repentina-

mente, como un *Deus ex machina*, me vino el pensamiento, de que el origen de nuestros conocimientos se encuentra en *el número, la forma y la palabra*, y me pareció que una luz enteramente nueva iluminaba mis investigaciones (1).

Un día, después de largos esfuerzos para alcanzar mis fines, ó más bien en medio de mis sueños vagos y flotantes sobre ese objeto, llegué á preguntarme con toda sencillez cuál es y cuál debe ser en cada caso particular la manera de proceder de un hombre educado que quiere analizar seriamente y esclarecer poco á poco una cuestión cualquiera, oscura y complicada á sus ojos.

En ese caso él dirigirá y deberá dirigir siempre su atención á los tres puntos de vista siguientes:

- 1º ¿Cuántos objetos hay á su vista y de cuántas clases?
- 2º ¿Qué apariencia tienen ellos? ¿cuál es su forma? ¿cuáles sus contornos?
- 3º ¿Cómo se llaman? ¿Cómo puede representarse cada uno de ellos por un sonido? ¿por una palabra?

Mas es evidente que el éxito de esa operación presupone en ese hombre la posesión de las siguientes facultades:

- 1º La facultad de percibir las diferencias de forma de los objetos y de representarse su capacidad ó extensión.
- 2º La de separar esos objetos en atención al número, y figurárselos distintamente como unidad ó como pluralidad.
- 3º La de doblar y de hacer indeleble por medio

del lenguaje la representación de un objeto, según el número y la forma.

Yo juzgué, por consiguiente, que el número, la forma y el lenguaje constituyen conjuntamente los medios elementales de la enseñanza, puesto que la suma de los caracteres *exteriores* de un objeto se encuentra enteramente reunida dentro de los límites de su contorno y en sus proporciones numéricas, y que mi memoria se apropia por medio del lenguaje. Es necesario, pues, que el arte de enseñar tome por regla invariable de su organización el apoyarse en esta triple base y el llegar á este triple resultado:

- 1º Enseñar á los niños á considerar cada uno de los objetos que se les da á conocer como unidad, es decir, separado de aquellos con los cuales parece asociado.
- 2º Enseñarle á distinguir la forma de cada objeto, es decir, sus dimensiones y proporciones.
- 3º Familiarizarlos tan temprano como sea posible con el conjunto de palabras y de nombres de todos los objetos que les son conocidos.

Y así como la enseñanza de los niños debe proceder de estos tres puntos elementales, nuestra primera preocupación debe ser evidentemente dar á esos principios la sencillez más grande, la extensión más grande y la armonía más grande posibles.

Una sola dificultad me hizo todavía titubear en la aceptación de esos tres principios elementales, la siguiente cuestión: ¿por qué las otras propiedades que nos son conocidas por medio de nuestros cinco sentidos no son también primeros elementos de nuestros conocimientos, como el número, la forma y el

nombre? Mas yo no tardé en descubrir que todos los objetos posibles tienen siempre necesariamente número, forma y nombre; por el contrario, todas las otras cualidades que nuestros sentidos nos hacen conocer no son comunes á todos los objetos; los unos poseen éstas, los otros aquéllas, y de esto resulta que es precisamente esta última propiedad la que nos hiera al primer golpe de vista y la que nos permite distinguir los objetos. Yo reconocí, pues, entre el número, la forma y el nombre, por una parte, y todas las otras cualidades, por la otra, una diferencia esencial que consiste precisamente en este hecho: que ninguna de esas otras cualidades puede ser considerada como un elemento primero de los conocimientos humanos. Por el contrario, no tardé tampoco en reconocer precisamente que todas esas propiedades de las cosas que percibimos por nuestros sentidos se dejan juntar fácil y directamente á los tres principios elementales, y que, por consecuencia, su estudio debe encadenarse también directamente en la instrucción de la infancia al estudio previo de la forma, del número y del nombre. Y yo ví entonces que, por el conocimiento de la unidad, de la forma y del nombre de un objeto, la noción que tengo de él se convierte en una noción precisa; que ella se hace clara por el conocimiento progresivo de todas las demás cualidades, y adquiere por fin una perspicuidad perfecta por el conocimiento de la conexión de sus diferentes propiedades.

Yo fui, pues, más lejos, y encontré que todo nuestro saber dimana de estas tres facultades elementales:

- 1º La facultad de emitir los sonidos, de la cual proviene la aptitud de hablar.

2º La facultad de percepción indeterminada, puramente sensible, de donde trae su origen el conocimiento de todas las formas.

3º La facultad de percepción determinada, no ya solamente sensible, de la cual debe derivarse el conocimiento de la unidad y con ella la aptitud de contar y de calcular.

Yo deduje la siguiente conclusión: la educación artificial de nuestra especie debe encadenarse á los primeros y más simples resultados ó productos de esas tres facultades fundamentales, esto es, al *sonido*, á la *forma* y al *número*. Yo juzgué también que una enseñanza parcial y aislada no puede conducir ni conducirá jamás á un resultado que satisfaga completamente á nuestra naturaleza. Para llegar á conseguirlo es necesario que esos tres productos simples de nuestras facultades primordiales sean aceptados como los principios comunes de toda instrucción reconocidos por la naturaleza misma; es necesario, como consecuencia de esta aceptación, que esos principios sean reducidos á formas de enseñanza que procedan de una manera general y armónica y que tengan por efecto esencial y cierto dirigir la marcha de la instrucción y de mantenerla hasta su conclusión en un movimiento de progresión continuo, extendiéndose á la vez á nuestras tres facultades elementales. Este es, en efecto, el único medio posible de llegar uniformemente en los tres ramos de conocimientos á pasar de intuiciones confusas á intuiciones distintas, de éstas á imágenes claras y de imágenes claras á nociones lúcidas.

Por este medio encuentro, pues, en fin, la unión

íntima del arte con la naturaleza, ó más bien con la forma original que ella emplea en general para esclarecernos las cosas de este mundo y para unir las esencial é íntimamente. He aquí pues resuelto el problema: *encontrar un origen común á todos los medios artificiales de la enseñanza y con él la forma en la cual el cultivo de nuestra especie podría ser determinado por el modo de ser de nuestra misma naturaleza*. Así vencí las dificultades que impedían aplicar las *leyes mecánicas*, reconocidas por mí como las bases de la instrucción, á las *formas de enseñanza* que la experiencia de siglos ha trasmitido al hombre para servir á su desarrollo propio, escritura, cálculo, lectura, etc.

## CARTA VII.

El primer elemento de la intuición es, pues,

### EL SONIDO.

De él se derivan los tres medios de enseñanza especiales que siguen:

- I. FONOLOGÍA (doctrina ó estudio de los sonidos),  
ó los medios de formar los órganos del habla.
- II. LEXILOGÍA (doctrina ó estudio de las palabras),  
ó los medios de aprender á conocer los objetos aislados.
- III. GRAMÁTICA (doctrina ó estudio del lenguaje),

GERTRUDIS.—P. 9.